

Defender la nación con la “guerra contrarrevolucionaria”. La influencia de las ideas de Jordán Bruno Genta en el accionar político de los militares argentinos

Carlos Fernando López de la Torre*

Resumen

Desde la década de 1930, los nacionalistas argentinos desarrollaron una serie de ideas que ayudaron, años después, a legitimar la lucha de los militares contra el “enemigo interno” y a la instauración de los sistemas de aniquilamiento que caracterizaron al terrorismo de Estado del Proceso de Reorganización Nacional. Una figura intelectual clave de este contexto, poseedor de gran influencia sobre los militares, fue el escritor nacionalista católico Jordán Bruno Genta, predicador en la década de 1960 de una “guerra contrarrevolucionaria”, encabezada por una dictadura militar, que exterminaría a la amenaza de la izquierda revolucionaria y sus ideas comunistas.

La ponencia pretende rescatar los principales argumentos de Genta que fueron utilizados para la legitimación de la violencia institucional y contrainsurgente que, en su acostumbramiento a la muerte, devinieron en las políticas de exterminio del Proceso. Para cumplir con dicho objetivo, el trabajo revisará las obras del personaje y otros escritos de la época que permitan ahondar en los discursos y prácticas que le dieron significado a las lógicas del accionar político de los militares, su combate contra el enemigo subversivo y la idea de la dictadura como la forma de gobierno ideal para defender a la nación y sus cimientos cristianos.

*Licenciado en Estudios Latinoamericanos por parte de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Actualmente es estudiante de Maestría en el Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la UNAM, donde está desarrollando la tesis titulada “La violencia del Movimiento Nacionalista Tacuara contra la comunidad judía en Argentina (1955-1965)”.

Defender la nación con la “guerra contrarrevolucionaria”. La influencia de las ideas de Jordán Bruno Genta en el accionar político de los militares argentinos

Introducción

Desde la década de 1930, la historia argentina ha estado marcada por una notable presencia de los militares dentro de la política nacional. Gran parte de los fundamentos con los cuales buscaron legitimar su presencia en el poder, junto al uso de la violencia como instrumento redentor para acabar con los males que, a su juicio, afectaban al país, provinieron de los nacionalistas, campo político compuesto por intelectuales, instituciones, estamentos y organizaciones sociales que defendieron la idea de una Argentina católica, hispánica, jerárquica y autoritaria, donde los militares jugaban un papel clave como el único actor político capaz de garantizar el orden social deseado contra todo aquello que definieron como enemigo del ser nacional argentino: la subversión. De esta manera, los nacionalistas desarrollaron una serie de ideas que ayudaron a legitimar la lucha de los militares contra el “enemigo interno”, que a la postre llevó a la instauración de los sistemas de aniquilamiento que caracterizaron al terrorismo de Estado del Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983).

Una figura intelectual crucial en la difusión de la ideología nacionalista de derecha, poseedor de una gran influencia sobre los militares, fue el escritor nacionalista católico Jordán Bruno Genta (1909-1974), predicador en la década de 1960 de una “guerra contrarrevolucionaria”, encabezada por una dictadura militar, que debía de exterminar a la amenaza de la izquierda revolucionaria y sus ideas comunistas. La presente ponencia pretende rescatar los principales argumentos de Genta que fueron utilizados para la legitimación de la violencia institucional y contrainsurgente que, en su acostumbramiento a la muerte, devinieron en las políticas de exterminio de la última dictadura militar. Para cumplir con estos objetivos, el trabajo revisa algunas de las obras más destacadas del personaje, que permitan ahondar en los discursos y prácticas que le dieron significado a las lógicas del accionar político de los militares en las décadas de 1960 y 1970. Además, se recuperan algunos personajes y acontecimientos históricos de esos años en donde figuró la influencia de Genta, como una manera de corroborar la presencia que tuvo por más de tres décadas en los círculos militares nacionalistas.

Desarrollo

Jordán Bruno Genta nació en la ciudad de Buenos Aires el 2 de octubre de 1909. Su padre, que era ateo, anarquista y anticlerical, lo nombró así en honor a Giordano Bruno (1548-1600), filósofo italiano que fue quemado por la Inquisición tras encontrarlo culpable de herejía. Estudió filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), donde frecuentó a grupos y figuras destacadas de la izquierda y del pensamiento marxista. En 1934 fue diagnosticado con tuberculosis, motivo por el cual partió a la sierra de la Provincia de Córdoba con el propósito de recuperarse. La mayoría de los esbozos biográficos y crónicas sobre su vida concuerdan que en este periodo Genta comienza su giro ideológico que lo acercará a los nacionalistas católicos. Adoptó nuevos intereses académicos y de lectura, abandonó el marxismo y comenzó a leer a clásicos como Platón y Aristóteles.

Tras recuperarse de su enfermedad, Genta viajó a Paraná en 1935 y se dedicó a la docencia en la Universidad Nacional del Litoral (UNL), donde comenzó a leer las obras del filósofo francés Jacques Maritain y de Tomás de Aquino, cuyo pensamiento no conocía y que se volverá eje central en torno a sus futuras reflexiones sobre el carácter mesiánico de los militares argentinos. En la UNL conoció al seminarista Juan Ramón Álvarez Prado, con quien inició un profundo contacto con el catolicismo, tanto en el nivel académico como practicante. A partir de su amistad con él, Genta estrechó vínculos con el clero local, varios de ellos nacionalistas. Estos encuentros culminaron su adscripción ideológica al nacionalismo de derecha, la cual quedó sellada simbólicamente al ser bautizado en 1940, a los 31 años de edad.

Los nacionalistas a los que pasó a formar parte Genta son un campo político que surge a finales de la década de 1920 como una tercera posición política frente al conservadurismo y el despliegue democrático que abrió el radicalismo y la política de masas del yrigoyenismo. Influidos por el tradicionalismo conservador, apegado a su vez a una interpretación integralista del cristianismo, y por los autoritarismos europeos de la época, los nacionalistas desarrollaron una ideología que asociaba intrínsecamente la política con lo sagrado, es decir, con Dios y la Iglesia Católica. Entre los postulados que reivindicaron estaban el de una Argentina hispánica, excluyente y nativista, las relaciones jerárquicas, el corporativismo, el integralismo, las políticas autoritarias, el militarismo, el antijudaísmo, el antiimperialismo, la justicia social y la importancia de la violencia política en la guerra contra todo aquello que, en su visión dicotómica del mundo, consideraran enemigo de la esencia de lo nacional (Finchelstein, 2008: 12).

Para Genta, el nacionalismo surge como una reacción contra los enemigos potenciales de Argentina, cuyo objetivo final es crear caos y desintegrar las bases político-culturales en las que se asienta la nación. Entre estos males se encontraba el judaísmo, el protestantismo, la masonería, el espiritismo y el marxismo en sus versiones socialista y comunista, todas ellas “corrientes ideológicas que tienden al mismo fin en el mundo entero y, particularmente, en las naciones católicas como la Argentina: la destrucción de la Iglesia Católica y de todo el orden construido sobre sus fundamentos” (Genta, 1957: 3). Con el correr de los años, Genta añadió al peronismo y al progresismo católico, amparado en la teología de la liberación, dentro de estos males, porque los consideró intentos serios de corromper la unidad de los nacionalistas, la única fuerza política capaz de detener la destrucción del país (Zuleta Álvarez, 1975: 765). El filósofo argentino consideraba que el nacionalismo debía sustentarse por una doctrina rigurosa, jerárquica, defensora del orden designado por Dios y respetuosa con las Fuerzas Armadas:

El Nacionalismo verdadero no puede ser jamás populista, ni desteñirse en un cristianismo aguachento. El Nacionalismo tiene que ser necesariamente Jerárquico, y definirse Católico y Mariano; tiene que reivindicar a los señores, a las legítimas superioridades como protagonistas de la Historia Patria, en lugar de las masas superficiales; tiene que proponerse como razón de vivir y de morir la restauración del orden sobrenatural y del orden natural en la Patria de los argentinos; tiene que devolverse a la Iglesia de Cristo la primacía en lo espiritual, y a las Fuerzas Armadas de la Nación la primacía en lo temporal; tiene que hacer que sus militantes sean desprendidos y generosos, dispuestos al sacrificio para instaurar la Patria en Cristo [...] (Genta, 1970: 122-123).

Como muestra la cita anterior, los militares tienen una función clave en el imaginario nacionalista de Genta, siendo ellos los únicos capaces de realizar la tarea de mantener o restaurar el orden que permite el correcto desenvolvimiento de la sociedad, siempre acorde al respeto de las jerarquías terrenales y divinas. Son ellos, junto con la Iglesia católica, los defensores del orden natural

creado por Dios. Esta visión fue el resultado de la interpretación que Genta le dio a la idea de ley natural que planteó Tomás de Aquino en el siglo XIII, considerado por el filósofo argentino como “la luz de la Cristiandad, donde el hombre unido a Dios en Cristo alcanzó todas las cimas y todas las cumbres de la Santidad, del heroísmo, de la sabiduría, del arte” (Genta en Verbitsky, 2007: 167). El concepto de ley natural desarrollado por el tomismo plantea que todas las acciones cristianas se basan en la búsqueda del bien evitando el mal. Este camino supone un comportamiento moral concreto, en donde a los individuos se les asignan derechos fundamentales acorde al lugar jerárquico que ocupan dentro del orden natural creado por Dios para mantener la estabilidad del universo (Robben, 2008: 211).

A juicio de Genta, el orden descrito por Tomás de Aquino estaba derrumbándose, víctima de la corrupción y degradación que trajeron a la historia de la humanidad el judaísmo, la Revolución Francesa con sus ideas democráticas y el marxismo, predicador de la lucha de clases destinada a desatar una revolución social cuyo último fin es la descomposición de las naciones cristianas occidentales y la destrucción de la verdadera Fe. El origen de todos los males se encontraba en lo que Genta llamó libre examen, definido “como el supuesto derecho de dudar de todo, de criticarlo todo”, creyendo los individuos que su propio juicio es indiscutible y el único seguro para conocer la realidad (Genta, 1957: 9). En el contexto nacional, el libre examen cuestionaba las bases en las que se asentaba la Argentina verdadera, nacionalista y católica. Gracias a él se originó el mal de la violencia guerrillera en las décadas de 1960 y 1970, la subversión que debía ser combatida para mantener el orden natural de las cosas.

Sólo un actor político tenía la capacidad de hacerle frente a todas estas amenazas potenciales: las Fuerzas Armadas. A pesar de que los militares argentinos no conformaban un grupo homogéneo, para los nacionalistas como Genta sus diferencias desaparecerían cuando se enfocaran en defender la causa más sagrada que existía y que era la nación, pues a su juicio no podían mantenerse impasibles ante el deterioro político que vivía Argentina y que hacía peligrar los cimientos de la sociedad. Esta percepción le otorgó a las Fuerzas Armadas el papel mesiánico de suprimir el caos y restaurar el orden, idea que se volvió recurrente dentro de los militares a lo largo del siglo XX al adoptar una actitud salvadora frente a la menor presencia de cambio, que para obispos y generales era sinónimo de utopía y confrontación a las ideas y valores asentados (Verbitsky, 2006: 11). En pocas palabras, a partir de su interpretación tomista de la política, Genta le dio a los militares el derecho de defender el patrimonio nacionalista y cultural de los argentinos, siendo prioridad la protección de la familia, la propiedad privada, el legado hispánico, y, sobretodo, el catolicismo.

Al convertirse al catolicismo a inicios de la década de 1940, Genta frecuentó los círculos nacionalistas de la ciudad de Paraná y de la UNL. Comenzó a dar cursos particulares en su casa sobre filosofía y cultura católica, los cuales realizó por más de treinta años hasta el final de sus días. Su capacidad oratoria, su dogmatismo y su visión reduccionista del mundo a través de la polaridad amigo-enemigo, le ganó a Genta una audiencia permanente dentro de los nacionalistas, además de ser consultado por miembros de las Fuerzas Armadas vinculados a este campo político. De esta manera, Genta inició su función como intelectual nacionalista, encargado de interpretar el mundo a partir de los símbolos y significados culturales producidos por la sociedad, siempre buscando defender un proyecto con miras a ser hegemónico, en este caso el de la Argentina nacionalista. Los militares acudieron a él porque les ofrecía una certidumbre en su mundo al otorgarles un propósito a cumplir en él: la salvaguarda de la nación. Esta labor

resultaba necesaria sobre todo en momentos de gran convulsión e incertidumbre político-social como lo fueron las décadas de 1960 y 1970, periodo en el que Genta predicó la guerra contrarrevolucionaria.

La influencia de Genta sobre los sectores nacionalistas de las Fuerzas Armadas comenzó con el adoctrinamiento ideológico de algunos miembros del Grupo de Oficiales Unidos o Grupo Obra de Unificación (GOU), la organización militar que realizó en 1943 el golpe de Estado que derrocó al presidente Ramón Castillo, acto que clausuró la denominada “Década Infame”. El accionar golpista fue aplaudido por los nacionalistas, quienes veían en la instalación de un Estado militar el resultado triunfante de su proyecto hegemónico inculcado dentro de este estamento. De hecho, ellos construyeron un marco teórico que justificó los golpes de Estado realizados por los militares a lo largo del siglo XX, argumentando que eran ellos, y no la clase política, los que representaban los verdaderos intereses del país (Finchelstein, 2008: 49). Genta se convirtió en el civil más notorio dentro del GOU, al punto de que aparentemente fue él quien contactó al coronel Juan Domingo Perón para invitarlo a la organización (Díaz Araujo, 1970: 48).

El anticomunismo militar del GOU y el catolicismo nacionalista entraron en consonancia con el golpe del 43. La preocupación por acabar con el enemigo interno, obsesión de los nacionalistas a lo largo del siglo XX, se cristalizó durante el gobierno militar cuando Gustavo Martínez Zuviría, Ministro de Justicia e Instrucción Pública, decidió la intervención de las universidades argentinas, entre ellas la UBA, con el objetivo de aniquilar a “los propagandistas activos de la subversión” (Martínez Zuviría en Verbitsky, 2007: 166). Genta fue designado interventor de la UNL como parte de un proyecto político-cultural del GOU que buscaba establecer los cimientos de la sociedad a partir del anticomunismo católico de la organización. Así lo da a entender un documento donde se lee que “la revolución intelectual también ha iniciado su marcha y el nombre del Dr. Genta en la Universidad del Litoral, será una garantía para el futuro de la juventud argentina” (GOU en Potash, 1984: 150).

En su función de interventor, Genta se dedicó a extirpar los “elementos extraños” que impedían el correcto desenvolvimiento de la UNL. Cesó a la mitad del profesorado y a centenares de estudiantes los que consideró focos de donde podían emerger cuestionamientos al proyecto militar. Sus acciones le acarrearón enormes problemas dentro del ambiente universitario, iniciando una huelga estudiantil que lo obligó a renunciar a su cargo. Como represalia, Martínez Zuviría cerró las universidades el 28 de octubre de 1943 y el 6 de noviembre proscribió a la Federación Universitaria Argentina (Navarro Gerassi, 1968: 179). Genta se retiró a sus cursos particulares, donde continuó predicando la superioridad de los militares sobre los civiles, siendo los primeros los únicos capaces de ejercer de forma correcta el valor de la libertad, entendida como el cumplimiento del deber y un “estado de disciplina”, que debía hacerle frente a su interpretación “liberal y revolucionaria” que causaba degeneración y hacía dudar de Dios y la Patria (Genta en Rouquié, 1982: 23 y 31).

Genta fue favorable a Perón mientras las relaciones entre éste y la Iglesia Católica se mantuvieron estables. Cuando iniciaron los conflictos entre el militar y la jerarquía eclesiástica, en gran medida porque los segundos nunca le perdonaron haber relegado a la Iglesia a un lugar subalterno en la tutela ideológica de los argentinos, Genta acusó a Perón de ser comunista y se adhirió a los nacionalistas que apoyaron su derrocamiento en septiembre de 1955. La influencia del filósofo sobre el sector nacionalista de las Fuerzas Armadas empezó a mostrar sus primeros frutos con la generación de militares que participaron en la Revolución Libertadora. Durante los

años previos al golpe contra Perón, Genta estrechó sus vínculos con la Fuerza Aérea, en gran medida gracias al capellán de la Escuela de Aviación Eliseo Melchiori, quien llegó a ser vicario general de la Aeronáutica militar. Algunos de sus discípulos y protectores más destacados del momento, y con quienes mantendría una relación estrecha el resto de su vida, fueron el comodoro Agustín de la Vega, quien en junio de 1955 sublevó a la escuadrilla de la Aeronáutica que bombardeó a la población civil en la Plaza de Mayo, y el brigadier Cayo Antonio Alsina, comandante en jefe de la Fuerza Aérea entre 1960 y 1962, quien encabezó a esta unidad militar en el derrocamiento del presidente Arturo Frondizi el 29 de marzo de 1962.

La década de 1960 estuvo marcada por los aires revolucionarios a nivel mundial. Las contradicciones de la modernización, el cuestionamiento a los valores asentados tras la Segunda Guerra Mundial y la cerrazón política de los gobiernos autoritarios, fueran democráticos o no, generaron, en distintos campos, una serie de subjetividades en una generación que estaba dispuesta a entregar la vida con tal de cambiar el mundo conocido. En este ambiente surgió la violencia revolucionaria como un instrumento redentor para lograr dicho cambio. En Argentina, así como en el resto de América Latina, el anhelo revolucionario fue impulsado gracias al triunfo de la Revolución Cubana en 1959 y por los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo. El tema de una revolución que cambiara las estructuras existentes de dominación fue una preocupación recurrente en los nacionalistas desde la década de 1920,¹ sólo que ahora sus temores parecían cristalizarse gracias a la convulsa situación política de un país que, junto a la resistencia peronista, veía el nacimiento de movimientos guerrilleros que le disputaban a las Fuerzas Armadas el monopolio de la violencia, además de representar un poder paralelo al del Estado nacional. Estos cuestionamientos al orden eran intolerables para Genta, quien intentó contrarrestarlos con la prédica en sus cursos de la guerra contrarrevolucionaria.

En 1962 Genta redactó un libro formativo para los oficiales, que al principio fue editado en pequeños folletos sin su firma. La financiación para su publicación provino del brigadier Jorge Rojas Silveyra, ministro de Aeronáutica. Las lecciones versadas en esos documentos fueron de lectura obligatoria para varios miembros de la Fuerza Aérea. Cuando el periódico socialista *La Vanguardia* denunció su contenido, lo que obligó a Rojas a retirarlos de circulación, Genta los compiló en un solo volumen: *Guerra contrarrevolucionaria. Doctrina política antisubversiva* (1964). Este libro sirvió como programa básico para los cursos particulares que impartió en su casa durante la década de 1960 y principios de 1970, a la cual concurrieron principalmente miembros de la Fuerza Aérea, aunque también asistieron oficiales del Ejército, de la Armada y de otras fuerzas de seguridad (Verbitsky, 2008: 143).

Guerra contrarrevolucionaria fue una obra que no se planteó únicamente la tarea pedagógica de funcionar como un manual para adiestrar a las Fuerzas Armadas en el exterminio de cualquier tipo de oposición al orden, también buscó proyectar un programa ideológico para Argentina, donde la Contrarrevolución nacionalista y cristiana debía hacerle frente al proyecto antagónico y antinacional de la Revolución comunista (Ferrari, 2009: 203). Genta planteó que ante el mal de la

¹Por ejemplo, las élites argentinas de las décadas de 1910 y 1920 vieron con alarma acontecimientos internacionales como las revoluciones rusa y mexicana porque consideraban que podían fomentar la amenaza social de las movilizaciones obreras. Estas imágenes fueron recuperadas por los nacionalistas, quienes buscaron desprestigiar el valor del fenómeno revolucionario tanto a nivel local como internacional. Citando un caso, Manuel Gálvez llegó a comentar en torno a los dirigentes de la Revolución mexicana, seguramente haciendo referencia a figuras con fuerte raigambre popular como Francisco Villa y Emiliano Zapata, que éstos eran “una docena de forajidos de rostros patibularios y expresiones repugnantes” (Gálvez en Devoto, 2005: 124).

subversión, amenazante destructor del orden y la jerarquía necesarios para el bienestar de la nación, los verdaderos argentinos debían poner en práctica la guerra contrarrevolucionaria, cuyo objetivo era perseguir la “verdadera paz, la paz de Cristo”, entendida como “la tranquilidad en el orden justo que preside la ciudad de Dios”. El fin último de esta paz bélica, guiada por “la política de las Armas y de las Letras”, era la construcción de una “Segunda República Argentina”, restauradora del orden y moral cristianos que, a semejanza del lema de la España franquista, convertían a la nación sudamericana en “una, íntegra y soberana” (Genta, 1964: 221). Este principio inculcado a los militares les señalaba que sólo un proyecto de nación, la Argentina nacionalista católica, podía existir en el mundo y que cualquier enfrentamiento a su hegemonía debía ser combatido hasta el aniquilamiento. Sólo así lograría prevalecer la idea de una nación íntegra y soberana, éste último precepto entendido no en su sentido popular sino como noción de una autoridad suprema capaz de ejercer su poder con total independencia.

Para Genta, las Fuerzas Armadas debían asumir el rol protagónico en la defensa de la nación frente a la subversión. Debido a ello, exigía a los militares una “unidad de doctrina”, que “sólo puede lograrse en el retorno a los principios católicos, romanos e hispánicos que fundaron la Patria y que son los mismos del Occidente Cristiano”(Genta, 1964: 125-126). Genta convocaba a la unidad militar en un momento en el que Argentina aún resentía los conflictos entre las facciones azul y colorada, divisiones que al filósofo no le agradaban en lo más mínimo si provenían de la única institución capaz, junto con la Iglesia, de detener al comunismo. El otro problema central de las Fuerzas Armadas, desde el golpe de Estado de 1930, era que no habían desarrollado una política netamente militar cuando habían tomado el poder, pues siempre buscaban volver al ejercicio democrático:

Lamentablemente las sucesivas intervenciones militares en la política nacional a partir del año 1930, para contener el desastre de los gobiernos civiles (sobre todo de los auténticamente democráticos y populares en su origen), no se han hecho con sentido militar y para la regeneración política de la Patria, sino para volver al pleno imperio de la Constitución y de las leyes liberales; esto es un nuevo ensayo, siempre más anárquico, subversivo y ruinoso que el anterior (Genta, 1964: 257-258).

En el trasfondo de la idea anterior, Genta hacía un llamado a los militares a que tomaran indefinidamente el poder, de menos hasta el restablecimiento de la estabilidad nacional. Sin embargo, el hacerlo los enfrentaba al problema de la forma de gobierno que debían implementar para realizar con mayor éxito la guerra contrarrevolucionaria. Ante este respecto, la solución ideal de Genta para la “Segunda República Argentina” era la dictadura, que asumía un carácter perentorio para reordenar el camino de la nación. El nuevo gobierno se basaba en una estructura donde los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial se organizaban en base a corporaciones, muy en concordancia con el franquismo. En la dictadura esbozada por Genta, las Fuerzas Armadas “férreamente disciplinadas en la subordinación y en el valor, estarán al servicio de lo esencial y permanente en la Nación: la unidad e integridad de su ser, la soberanía política y el honor de su nombre” (Genta, 1964: 225).

La importancia que Genta le dio a la dictadura militar en la conducción de la guerra contrarrevolucionaria se debió a que consideraba que Argentina “no se afirma ni se sostiene sobre las urnas, sino sobre las Armas” (Genta, 1964: 132). Esta interpretación ejemplifica un rasgo distintivo de la época, que compartieron tanto los militares como las guerrillas: la subordinación de lo político a lo militar. Para los primeros, este tipo de análisis sobre la realidad del país fue

esencial en el proceso de la militarización del Estado y de sus funciones políticas. Al repudiar la democracia y mostrarla como débil y agónica frente a sus discípulos, lo que Genta ayudó a construir fue un consenso en torno a la necesidad de un golpe de Estado militar que recuperara los valores centrales de la vida social de los argentinos (orden, autoridad, disciplina) y combatiera a lo subversivo, término difuso que terminó asociado a todo aquel otro que no comulgara con el proyecto militar, hecho que lo condenó al exterminio por representar, dentro de la lógica autoritaria, un obstáculo para la unidad (Calveiro, 2008: 27 y 32).

La guerra de Genta era también una guerra cultural, donde la defensa de una naturaleza que impone jerarquías y orden a un todo orgánico tenía que hacerle frente a una sociedad idealizada por los guerrilleros en los principios de igualdad y de la lucha de clases contra el sometimiento y la explotación (Robben, 2008: 212). Esta situación se vuelve notoria en su libro cuando se refiere a que “la Guerra Contrarrevolucionaria debe lograr, entre sus objetivos principales y más urgentes, el restablecimiento de la jerarquía en la Universidad y de su misión al servicio de la Verdad y la Patria”. Recordando su época de interventor de la UNL y su campaña de limpieza de elementos subversivos, Genta convoca a un “plan de recuperación total de la escuela argentina para una educación cristocéntrica, patriótica, tradicionalista y jerárquica”, único modo de que los argentinos sean “fuertes e invulnerables frente al Comunismo” (Genta, 1964: 213). Genta visualiza que los males del país tienen sus raíces en el libre examen, siendo las universidades un espacio crucial en su desarrollo. En consecuencia, éste y otros espacios culturales que fomenten la crítica a lo establecido deben ser clausurados o reorganizados para que se subordinen al interés supremo de una nación ordenada y jerárquica. Sin lograr verlo él personalmente, sus exigencias en torno a la guerra cultural se convirtieron en uno de los ejes directrices de la política del Proceso, junto a la brutal represión política y el programa económico de José Alfredo Martínez de Hoz.

Como se mencionó anteriormente, Genta ejerció una notoria influencia en el sector nacionalista de las Fuerzas Armadas gracias a que les ofreció un propósito y una certidumbre en su mundo. Al presentar un panorama apocalíptico en donde la Argentina conocida estaba cerca de desaparecer en manos de la subversión, le confirió a los militares la tarea de actuar lo más rápido posible, tomar el poder e instaurar un régimen dictatorial capaz de “reorganizar, disciplinar, jerarquizar, nacionalizar y recristianizar la mente y la Sociedad argentinas” (Genta, 1964: 239). En este punto, el miedo a la subversión y sus deseos de cambio funcionaron para Genta como legitimadores de la violencia ejercida contra un otro por lo general incomprendido, pero visto siempre con extrañeza por sus aires de novedad, pues lo nuevo siempre engendra temor e incertidumbre. Lo importante no era analizar qué tan real era el miedo a que lo subversivo destruyera el mundo conocido, bastaba con saber que ese miedo existía dentro de determinados sectores de la población y que se creía verdaderamente en él, volviendo sus consecuencias tan reales como si efectivamente existieran (Gonzalbo Aizpuru, 2009: 29-30). Dentro de esta lógica, asociada al binomio inseparable de miedo-violencia, se movieron los militares adoctrinados por Genta, con la certeza de que su actuar era necesario para el bienestar de la nación, aunque ello significase justificar la represión, tortura y muerte de parte de su población.

La Fuerza Aérea fue la rama militar donde la *Guerra contrarrevolucionaria* de Genta generó mayor impacto en sus convicciones nacionalistas, que se tradujeron tanto en acciones netamente militares como en colaboración con civiles. Por ejemplo, en 1964 nació la Legión Nacionalista Contrarrevolucionaria, agrupación de extrema derecha conformada por miembros de la

Aeronáutica y civiles adocotrados por Genta. Su figura pública más destacada era Agustín de la Vega, mientras que el seminario *Combate*, fundado por el propio Genta, funcionó como portavoz de la organización. La Legión, cuya existencia duró hasta 1966 tras el establecimiento de la dictadura de Juan Carlos Onganía, se planteó como una vanguardia a la cual “se le irán uniendo los nacionalistas auténticos que confiesen en Cristo, que combatan al comunismo, a la masonería y al judaísmo; que rechacen el populismo bajo cualquiera de sus formas; que repudien a los partidos políticos, todos, sin sospechosas exclusiones. Avanzamos con un nombre: Legión Nacionalista Contrarrevolucionaria. Una doctrina: *Guerra Contrarrevolucionaria*” (Legión en Ferrari, 2009: 215).

El antijudaísmo de Genta dio sus frutos para mayo de 1970, cuando varios miembros del Regimiento de Infantería 7 de la Plata intentaron atentar contra la sede de la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA) ubicada en esta ciudad. Entre los orquestadores del acto se encontraban los tenientes Julio Jorge Ianantuoni y Osvaldo Rodolfo Antinori, junto con el subteniente Daniel Alejandro Polano, todos ellos partícipes de los cursos de Genta. Más trascendental para el futuro político de Argentina, por esas fechas comenzaron a frecuentar sus clases Santiago Roque Alonso y Aldo Rico, quienes se convertirán en *carapintadas* alzados a finales de la década de 1980 en defensa de sus compañeros que, en gran medida, aplicaron las enseñanzas de Genta durante el Proceso (Verbitsky, 2009: 109).

La paranoia de Genta sobre el apocalipsis argentino aumentó de sobre manera en los últimos años de su vida. En sus cursos de la década de los setenta anuncia la inminencia de una guerra civil y de la necesidad del sacrificio sagrado de las Fuerzas Armadas al combatir a la guerrilla:

Urge para el destino de la Patria y de toda América latina que las FF.AA. asuman realmente la defensa de la Soberanía, de la integridad y del honor de la Nación; enfrenten de veras a la guerra subversiva comenzando por librarnos de la servidumbre de la Usura internacional, para combatir a muerte a los agentes del terror comunista y a su ejército de comandos guerrilleros; y con la colaboración de todos los argentinos honestos, restablezcan la jerarquía en todas las instituciones sociales de la República (Genta en Ferrari, 2009: 222).

Para 1974, Genta realizó llamamientos activos a los militares para que tomaran el poder. En sus pláticas públicas a civiles y militares hacía referencia a que la soberanía de Dios había sido sustituida por la aberrante soberanía popular y que lo prioritario era acabar con la guerrilla y lo que denominó su “asistencia”, toda actividad social que se apartara del integrismo católico (Verbitsky, 2009: 336). Este posicionamiento es un claro antecedente directo de las políticas de aniquilamiento del Proceso, el cual aglutinó a toda oposición política, social y cultural dentro de su concepción del enemigo subversivo a ser exterminado. Sin embargo, Genta ya no logró ver la materialización de sus llamamientos. El 27 de octubre de 1974 fue asesinado en un suceso que, si bien ningún grupo armado se adjudicó, fue responsabilizado al ERP-22 de Agosto, aunque surgieron sospechas de que los asesinos pertenecían a la Alianza Anticomunista Argentina (AAA), debido a sus peticiones a la Fuerza Aérea de que investigara los fraudes gubernamentales cometidos por López Rega durante el gobierno peronista.

La convocatoria de Genta a la toma de poder resonó dentro de los militares nacionalistas aún después de muerto. El caso más conocido antes del golpe del 24 de marzo de 1976 fue el levantamiento de la Fuerza Aérea del 18 de diciembre de 1975, comandado por el brigadier Jesús Capellini y el comodoro Federico Luis Estrella. La sublevación, realizada en la base de Morón,

estuvo apoyada por los viejos gentistas Agustín de la Vega y Cayo Antonio Alsina. Se buscó la destitución de Isabel Perón y se pidió al jefe del Ejército, el general Jorge Rafael Videla, que asumiera el gobierno en nombre de las Fuerzas Armadas. Al final se llegó a un acuerdo, en gran medida motivado por la persuasión del vicario general castrense Adolfo Servando Tortolo, quien pidió que esperaran unos meses para el derrocamiento de Isabel, una clara señal de que el golpe de 1976 ya se encontraba en preparación. La sublevación terminó con la designación del brigadier general Ramón Agosti como comandante general de la Fuerza Aérea y con el acuerdo secreto entre las tres Fuerzas Armadas de organizar de mejor manera el golpe que se realizó unos meses después (Verbitsky, 2009: 382).

La herencia de Genta también quedó plasmada en las reflexiones teóricas sobre la guerra contrarrevolucionaria que realizaron sus discípulos. Por mencionar un caso ejemplar, en *Fuerzas Armadas, ética y represión* (1979), Marcial Castro Castillo, seudónimo de un capellán del Ejército declarado discípulo de Genta, legitimó lo justo de la defensa de los derechos divinos contra la subversión. Fundamentándose en el tomismo y en la noción de la guerra justa de Francisco de Vitoria, Castillo formuló que la guerra contrarrevolucionaria estaba justificada en atacar todo el tejido social para aniquilar al enemigo, ya que la subversión debe combatirse en sus causas y no sólo en sus efectos. Para él, la guerra que predicó su maestro “es la más justa de las guerras, porque repele la peor agresión: [...] entronizar a la Injusticia Total, contra Dios, contra la naturaleza humana y contra todo lo esencial de la Nación” (Castro Castillo, 1979: 117).

Al catalogar Castillo a la subversión como un delito grave contra Dios y la Patria, los militares tenían licencia de matar a los criminales que incurrieran en él, ya que no tenían posibilidades de redención. No sólo la muerte era aceptable, también la tortura. Haciendo una recuperación de Tomás de Aquino, el manual concluye que el tormento es inmoral cuando se trata de individuos cuyo culpabilidad es dudosa, más no cuando son criminales confesos, como en Argentina lo eran todos aquellos catalogados como subversivos. En esos casos “parece lícito el sufrimiento físico como pena y para utilidad del bien común” (Castro Castillo, 1979: 149). Dicho bien común no era otro que el de la Argentina nacionalista y católica que predicó Genta en vida y cuyos herederos no sólo continuaron defendiendo, sino además radicalizaron sus planteamientos de la guerra contrarrevolucionaria, al punto de legitimar un acostumbamiento a la muerte que devino en prácticas de terrorismo de Estado, que sin importar los incontables traumas sociales que dejaba a su paso, estaba amparado en la tarea nacional y divina de que los militares recuperaran un orden y jerarquía perdidos. Como mencionó Carlos Alberto Basualdo, alumno de Genta en Paraná, la predica de su maestro fue determinante para el ideario y alzamiento de la “Revolución militar de 1976”, dándole “más allá de su muerte, sus argumentos inexorables de la guerra contra la subversión, y además, el andamiaje ideológico e institucional del Estado militar” (Basualdo en Ferrari, 2009: 236).

Conclusión

La importancia del pensamiento de Jordán Bruno Genta radicó en otorgarle a los militares una certidumbre a su mundo y a sus vidas, dotándolos de un objetivo sagrado: la defensa de la nación

argentina y su orden jerárquico. Esta situación se agudizó en momentos de crisis coyuntural y de inestabilidad política como las décadas de 1960 y 1970, cuando aparece en su doctrina el combate a la subversión con la guerra contrarrevolucionaria. Amparado fundamentalmente en el tomismo y con el bagaje ideológico de los nacionalistas, Genta predicó que el mal de la subversión, encarnado en distintos momentos por peronistas, sacerdotes tecermondistas y guerrilleros, así como por todo aquel que fuera sospechoso de ayudarlos, debía ser aniquilado para preservar el orden que Dios creó para Argentina. Sólo la Iglesia Católica, representante del poder divino en la Tierra, y las Fuerzas Armadas, defensores del orden natural y material, podían detener la avanzada de la subversión, en una guerra cultural donde el fin justificaba los medios.

Esta interpretación del mundo de la guerra contrarrevolucionaria dio a los militares nacionalistas un argumento legitimador para subordinar lo político, para anteponer la fuerza de las armas a la de la ley, desatando una extensa campaña de aniquilación contra el otro subversivo, cuyas funestas consecuencias forman parte del trauma social que se viene viviendo en Argentina desde hace más de 30 años. De ahí la necesidad de estudiar el pensamiento de figuras intelectuales como Genta, cuya influencia en las Fuerzas Armadas ayudó a incentivar y legitimar la creciente violencia estatal que finalmente culminó con el terrorismo de Estado de la última dictadura militar.

Bibliografía

- Calveiro Pilar 2008 *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70* (Buenos Aires, Grupo Editorial Norma-Verticales de Bolsillo).
- Castro Castillo Marcial 1979 *Fuerzas Armadas. Ética y represión* (Buenos Aires: Editorial Nuevo Orden).
- Devoto Fernando J. 2005 *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia* (Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina Editores).
- Díaz Araujo, Enrique 1970 *El G.O.U. en la Revolución de 1943. Una experiencia militarista en la Argentina* (Mendoza: Centro de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo).
- Ferrari Germán 2009 *Símbolos y fantasmas. Las víctimas de la guerrilla: de la amnistía a la "justicia para todos"* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana).
- Finchelstein, Federico 2008 *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana).
- Genta, Jordán Bruno 1957 *En defensa de la fe y de la patria* (Buenos Aires: Pellegrini) Volumen II. La conspiración de sectas e ideologías internacionales.
- Genta, Jordán Bruno 1964 *Guerra contrarrevolucionaria. Doctrina política antisubversiva* (Buenos Aires: Editorial Nuevo Orden).
- Genta, Jordán Bruno 1970 *Principios de la política: La guerra subversiva en nuestra patria* (Buenos Aires: Editorial Cultural Argentina).
- Gonzalbo Aizpuru 2009 "Reflexiones sobre el miedo en la historia" en Gonzalbo Aizpuru, Pilar, Staples, Anne y Torres Septién, Valentina (eds.) *Una historia de los usos del miedo* (México DF: El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos-Universidad Iberoamericana).
- Navarro Gerassi, Marysa 1968 *Los Nacionalistas* (Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez).

- Potash, Robert 1984 *Perón y el G.O.U. Los documentos de una logia secreta* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana).
- Robben, Antonius C. G. M. 2008 *Pegar donde más duele. Violencia política y trauma social en Argentina* (Barcelona: Anthropos).
- Rouquié, Alan 1982 *Poder militar y sociedad política en la Argentina* (Buenos Aires: Emecé) Tomo II. 1943-1973.
- Verbitsky Horacio 2006 *Medio siglo de proclamas militares* (Buenos Aires: La Página).
- Verbitsky, Horacio 2007 *Cristo vence. La Iglesia en la Argentina. Un siglo de historia política (1884-1983)* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana) Tomo I. De Roca a Perón.
- Verbitsky, Horacio 2008 *La violencia evangélica* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana) Tomo II. De Lonardi al Cordobazo (1955-1969).
- Verbitsky, Horacio 2009 *Vigilia de armas* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana) Tomo III. Del Cordobazo de 1969 al 23 de marzo de 1976.
- Zuleta Álvarez, Enrique 1975 *El Nacionalismo argentino* (Buenos Aires: La Bastilla) Tomo II.